

LA BOLSA O LA VIDA EN CONTEXTO DE PANDEMIA

REFLEXIÓN A PROPÓSITO DEL MALESTAR SOCIAL Y EL PAPEL DE LA PSICOLOGÍA

John Alexander Quintero Torres*

<https://orcid.org/0000-0001-6944-0117>

*Pero él, héroe ahora desgarrado, carece, ahora, de la voz que toca el corazón:
se vuelve a la razón que no es razón a la hermana triste de la razón, que
busca captar lo que hay de real en lo real, con una pasión que rechazará todo
extremismo, toda temeridad*

Pasolini

Las medidas implementadas a propósito del COVID-19 han desencadenado una doble crisis. Por un lado, está la sensación de vulnerabilidad que provoca en la mayoría de las personas un virus que ha mostrado la capacidad de arrebatar la vida sin discriminar edad, género, etnia o condición socioeconómica. Por otro lado, ha quedado al descubierto la fragilidad de las seguridades sobre las cuales han reposado las prácticas habituales que organizan nuestra vida social en sus

* Universidad de San Buenaventura. Cali, Colombia.

✉ jaqtorre@usbcali.edu.co

Cita este capítulo:

Quintero Torres, J. La bolsa o la vida en contexto de pandemia. Reflexión a propósito del malestar social y el papel de la psicología. En: Orejuela Gómez, J.; Castaño González, F.; Quintero Torres, J.; Reyes Sevillano, W.; Patiño Torres, J.; Moncayo Quevedo, J. & Loaiza Mejía, A. (2020). *Reimaginar el futuro pospandemia*. Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali. pp. 12-31.

distintos ámbitos: el mundo del trabajo, el financiero, las dinámicas económicas, las relaciones familiares e interpersonales en general. Ambos desdoblamientos han sido intersectados por un discurso intimidante acerca del colapso que podríamos experimentar como sociedad, en caso de no adaptarnos a los efectos inevitables del virus y flexibilizar las medidas restrictivas del aislamiento en función de una pronta activación de las actividades productivas que dan vida a la economía.

Es importante hacer ver que la irrupción del virus COVID-19 ha traído consigo un problema que ha generado naturalmente un impacto en el sistema de salud, pero no hay que perder de vista que el auténtico efecto del virus, y de la cuarentena, ha sido desnudar y agudizar problemas que ya hacían parte de la “normalidad” en la que vivíamos antes de la pandemia; por ejemplo, asuntos como la precarización generalizada del trabajador, especialmente las que han evidenciado los trabajadores de la salud, las limitaciones del sistema educativo, las profundas desigualdades sociales, los fenómenos de violencia intrafamiliar y sociopolítica, las prácticas de corrupción, de discriminación y segregación. Todos estos problemas ya eran parte de nuestra vida cotidiana, la diferencia es que la pandemia y el aislamiento social preventivo han provocado las condiciones para que todos, de manera casi unánime, como en una pantalla de cine, veamos cómo nos afecta la misma película.

Este panorama motivó conversaciones y reflexiones con colegas, familiares, amigos y estudiantes de psicología, que se reflejan de algún modo en este escrito, a quienes agradezco su disposición al diálogo. Para efectos de la organización del planteamiento, quise situar como centro de la reflexión una idea en la que considero hay que insistir, especialmente en una época que nos muestra la importancia de transformar nuestras rutinas de vida.

La idea central, entonces, es ubicar la relación existente entre las lógicas con las que opera socialmente la economía del mercado y las expresiones de malestar y sufrimiento que se evidencian en los sujetos. Esto, con el fin de desarrollar algunas opiniones que permitan a los lectores comprender, desde una perspectiva psicológica de los fenómenos sociales, la manera en que se conectan algunas de nuestras prácticas habituales con el malestar en la cultura contemporánea del capitalismo. De igual modo, proponer una breve reflexión acerca del rol que ha tenido la psicología en medio de la pandemia y su rol posible en el futuro.

Parte de la formación de este malestar consiste en la dificultad que se experimenta cuando las personas no logran incorporar un sentido a los acontecimientos que afectan su vida.

Antes de avanzar, me permito puntualizar que por sufrimiento (psíquico) entiendo una expresión aguda del malestar emocional, que no representa necesariamente un trastorno o una enfermedad, aunque pudiera eventualmente estar asociado a ella. Parte de la formación de este malestar consiste en la dificultad que se experimenta cuando las personas no logran incorporar un sentido a los acontecimientos que afectan su vida.

Dicho esto, invito a pensar la relación entre sufrimiento psíquico y la economía: no es una tarea simple porque implica un ejercicio de abstraernos de prácticas sociales que ejecutamos cotidianamente y consideramos “normales”; es una invitación a tomar distancia –desde el pensamiento– de actividades y hábitos que obedecen a ciertas normas tácitas que están legitimadas en nuestro contexto y que hemos incorporado en nuestros esquemas de acción diarios. Además, implica poner en la lupa la actividad política y sus modos de gestión, cuestión que ocasiona reacciones que están sujetas al modo en que cada persona se relaciona con ese campo. En ese orden de ideas, se nos puede

presentar como una tarea necia el hecho de interrogar o intentar transformar tales prácticas y hábitos en la propia vida, pero sería más necio no hacerlo si advertimos que pueden tener consecuencias en nuestra salud mental.

Una situación que permite introducirnos en la esfera de esta discusión es cuando intentamos explicar las diferencias salariales entre trabajadores, eso nos conduce al terreno normativo y enigmático con el que funciona el mercado laboral. Para poder más o menos encontrar las razones que dan cuenta de tales diferencias, tropezamos con criterios como la relación tiempo-esfuerzo que invierte un trabajador para el desempeño de una tarea, su capital educativo, los tipos de funciones, los tipos de contratos, entre otras decenas de categorías que aparentan ser criterios normativos estables. Pero su estabilidad se derrumba cuando observamos las asimetrías que se materializan en la vida social; por ejemplo, el salario de una persona con estudios de maestría y doctorado puede estar muy por debajo de lo que devenga otra persona sin esos estudios, porque las variaciones también están ligadas a la dinámica propia de la organización y al sector al que esté vinculado, tal como ocurre cuando se comparan los salarios de funcionarios del Estado con los de docentes universitarios. Las largas jornadas de trabajo que realiza un campesino para cosechar sus cultivos, y proveer alimentos esenciales a la comunidad, no se reflejan en el valor de sus ingresos.

Ese carácter enigmático y fantasmagórico de la economía del mercado que regula el intercambio de la fuerza de trabajo por dinero es lo que parece producir en los sujetos un efecto de adaptación y aceptación de normas implícitas que circulan en la sociedad y desde las cuales se definen los montos de cada remuneración. En nuestro contexto, la disparidad de salarios, combinada con todas las dinámicas ilícitas de corrupción y clientelismo, ha generado profundas desigualdades sociales que organizan las condiciones que hacen nido al malestar subjetivo, entre sus múltiples consecuencias.

DE LA SUPUESTA “RUPTURA” CON LA VIDA COTIDIANA A LA FLEXIBILIDAD INDIVIDUALIZADA

La paradoja de las desigualdades sociales es que los mismos sujetos que la padecen replican las lógicas que la generan, salvo pocas excepciones. Los movimientos sociales y colectivos organizados en el marco de la ley son, las más de las veces, quienes interrumpen con sus acciones la inercia a la repetición; es por eso que incomodan tanto a los centros de poder. Hoy, en medio del aislamiento, algunas de las personas que se mostraban molestas por las protestas que se realizaron semanas antes de la pandemia, hacen las mismas exigencias que condujeron a dichas movilizaciones. Este es un tema que merece su propio análisis, pero lo traigo a colación ya que me permite indicar la manera en que los sujetos pugnan por la normalización, es decir, pareciera que no desearan ningún tipo de cambios en aquellas condiciones que propician su malestar.

Uno de los elementos que encontré para animar la reflexión sobre el tema fue el uso frecuente de las palabras *flexibilidad* y *reinventarse* que observé en distintos contextos. Se habla de *flexibilidad para el teletrabajo*, *flexibilidad de las empresas*, *flexibilidad para cumplir las restricciones*; frases usualmente encaminadas a conjugar el verbo que ha puesto de moda el aislamiento: *reinventar*. Pero, en mi opinión, estas expresiones cumplen una función de artificio.

El uso de estos términos apunta a sugerir un tipo de disposición cognitiva y conductual para acoplarse a las nuevas circunstancias generadas a partir del COVID-19. Me di a la tarea de buscar sus significados y entre sus acepciones hubo algunas que me llamaron la atención a propósito del objetivo de este texto: *flexible* significa: {1} Que tiene disposición para doblarse fácilmente, {2} Que no

se sujeta a normas estrictas, a dogmas o a trabas, [3] Susceptible de cambios o variaciones según las circunstancias o necesidades [Real Academia Española, 2019]. Por *reinventar*, cuyo registro no está en el diccionario de la RAE, asumiré: volver a inventar.

La razón principal que encontré para subrayar el uso de estas palabras fue observar el comportamiento exactamente contrario que conservaron la mayoría de prácticas de intercambio económico y, de manera especial, del sector financiero que comanda la economía del país. Su rigidez y desinterés por introducir, en medio de la crisis, nuevas formas en su hacer fue casi absoluta. Mientras que los individuos siguen animados por la idea de *reinventarse* y *flexibilizarse*, se siguen viendo obligados a realizar largas filas en las oficinas de los bancos y a pagar las deudas. Las “ayudas” de las entidades consistieron en refinanciar las obligaciones sin dejar de cobrar intereses, lo que en términos concretos se tradujo en un incremento de la deuda inicial. Con estas medidas de la banca, claramente orientadas a blindarse de cualquier posibilidad de pérdidas monetarias, los usuarios vieron con una “inevitable” impotencia la manera en que su deuda se multiplicó y dilató en el tiempo.

Por supuesto, esta rigidez no ha sido bien recibida por la percepción de las personas que presencian las grandes ganancias del sector financiero en los últimos años. He aquí un breve panorama: según un informe de la Superintendencia Financiera, las utilidades acumuladas durante los primeros cinco meses del 2019 fueron de 37,7 billones de pesos y las ganancias de todas las entidades bancarias sumaron 9 billones [Revista Dinero, 2019] y, según cifras del Banco de la República, sus dividendos en enero del presente año se han superado en un 293,2 % respecto al mismo mes del año anterior.

El individuo que recibe llamados constantes y bienintencionados a la *flexibilización* y *reinvención* de sí mismo y sus prácticas, observa cómo las

entidades financieras y gubernamentales se conservan en una rigidez casi absoluta. *Flexibilidad* y *reinención* funcionan como el “acetaminofén” de las palabras en medio de la crisis. Son de “uso libre” y en dosis suficientes muestran cierta eficacia a través de un hábil pero inadvertido proceso de *individuación*, ya que sirven para esconder el origen de la angustia que produce el apremio económico en medio del confinamiento. ¿Qué deudor bancario no ha experimentado la preocupación por ellas?

Estas expresiones de uso frecuente durante este largo periodo de aislamiento acarician de manera directa las demandas del *ego*, ya que le atribuyen el lugar protagónico que él siempre busca: “yo puedo ser flexible”, “yo puedo reinventarme”, “yo puedo hacerlo”. Si la dosis de *egoflexibilización* no tiene ningún efecto, los resultados pueden ser muy desalentadores: el “yo” (individuo) tiene que hacerse cargo, él es el único responsable; la rigidez del sistema queda absuelta y el individuo sucumbe a las consecuencias del sentirse incapaz por “no-poder-ser”. Ese es el nicho de la ideación suicida y su pasaje al acto.

En este escenario, considero relevante evidenciar que el confinamiento no necesariamente implica una “ruptura en la vida cotidiana de las personas”, como lo afirma el Dr. Jorge Mc Douall (Fundación Saldarriaga Concha, 2020). No es una ruptura, al menos en el sentido estricto de la expresión. Observamos que el modelo económico y sus esquemas normativos de funcionamiento han establecido formas de sujeción que no se han “roto” y tampoco han dado señales de variación en estas nuevas circunstancias. En cierto sentido, podríamos decir que “la ruptura” se da en el terreno concreto de las conductas habituales, pero no en el campo de las significaciones y los imperativos morales que se producen en la relación entre el sujeto y campo financiero. Esa relación se alimenta de ideas que los sujetos tienen muy bien incorporadas en diálogo inherente con el *deber*, el *cumplimiento* y la *responsabilidad* con las obligaciones adquiridas, de lo contrario, dicha relación no sería funcional y se resquebrajaría. En lo que concierne a la

banca, la flexibilidad no se muestra en la producción de nuevas elaboraciones semióticas que conduzcan a una resignificación del contrato social y legal entre las partes.

Una cosa es clara, la situación económica actual ha exacerbado el malestar psicológico en la sociedad, cuestión que se nos ha mostrado, incluso, desde antes de la pandemia, asociada a los crecientes problemas de salud mental. Desde 2017, las investigaciones en Colombia ya mostraban que las condiciones socioeconómicas del entorno deben ser consideradas como factores de riesgo para las conductas suicidas (Dávila-Cervantes y Pardo-Montaño, 2017). Según Juan Pablo Uribe Restrepo, exMinistro de Salud, en Colombia patologías como la depresión, el suicidio, que han mostrado un ascenso importante en los últimos años,¹ se deben tratar como un asunto de salud pública dado que los trastornos mentales son la segunda causa de enfermedad en el país (Semana, 2019).

En España, por ejemplo, después de la aguda crisis económica, iniciada en 2008, se logró demostrar la relación entre el incremento significativo de trastornos mentales y el desempleo como el factor de riesgo más influyente en dicho ascenso (Gilia, García Campayo y Roca, 2014). Un estudio reciente sobre los impactos psicológicos que se observan en sujetos que han vivido periodos de cuarentena, muestra que factores como el miedo al contagio y las pérdidas financieras son fuentes de estrés para las personas, y pueden desencadenar síntomas asociados a trastornos psicológicos durante y aún después del aislamiento. El mismo estudio muestra que cuando los gobiernos o empleadores se muestran flexibles con los trabajadores por medio de medidas financieras, los efectos adversos sobre la salud mental pueden reducirse (Brooks, y otros, 2020).

¹ Mientras escribía este texto, se dio a conocer la noticia del suicidio de Juan Carlos Cardona, auxiliar de logística y producción de eventos en Cali. Según los reportes iniciales que salieron a la luz pública, en medio de una sesión virtual entre la Ministra de Cultura y el Bloque Parlamentario del Valle del Cauca, el acto fue motivado por la difícil situación económica por la que atravesaba (Caracol, 2020).

DE LA FLEXIBILIDAD INDIVIDUALIZADA Y EL SUFRIMIENTO PSÍQUICO

Los llamados a la *flexibilidad* y a *reinventarse* no aplican para la cúspide del mundo financiero; estos términos se incluyen en el circuito de significaciones sociales como estímulos para los procesos adaptativos y de normalización, en los cuales los individuos asumen imaginariamente el lugar de agentes protagónicos; el *yo* no puede faltar a la cita de su reinención. Pero, tratándose del discurso económico, el mensaje es unidireccional, parte del agente que comanda un discurso que va dirigido a sujetos empoderados —o se presume que deben serlo— para contrarrestar las consecuencias de las nuevas circunstancias.

Las prácticas que giran en torno al mundo financiero no se muestran sensibles a cambios o variaciones y mucho menos a reinversiones que favorezcan eficazmente a sus usuarios, en contraste, estas están sujetas a las estrictas normas propias de su campo de acción que irradia la vida cotidiana e íntima de las personas. Hay que decir que esa dimensión rígida de la economía, presente en el seno de la sociedad, es productora de malestar y sufrimiento porque está estrechamente vinculada a otras dimensiones fundamentales de la vida, como la satisfacción de necesidades esenciales: vivienda, alimentación, salud, trabajo, así como también a prácticas de reconocimiento constitutivas de la vida en sociedad (Honneth, 1997).

La economía no puede seguir siendo comprendida simplemente como el estudio de sistemas de intercambio de capitales, de modos de producción y de consumo. En su versión neoliberal, ella no puede ser abstraída de una psicología que le es propia en tanto que convoca a los sujetos a internalizar comportamientos que establecen patrones de individuación que son validados socialmente; es por ello que se convierten en referentes normativos, es decir, en faros del *deber ser* en la sociedad, a la vez que se constituyen en determinantes de formas de sufrimiento

no necesariamente patológicas (Safatle, 2017). No hace falta ser portador de un diagnóstico psiquiátrico para reconocer que se sufre por situaciones como no tener trabajo, no poder abastecerse de necesidades esenciales, no percibirse adaptado y adaptable –quizás– a aquella imagen de persona exitosa y feliz que se difunde por medios publicitarios. La consigna del modelo político actual es, como lo anticipó Margaret Thatcher: “la economía es el método, el objetivo es el alma” (Solano, 2017).

LA ECONOMÍA COMO GUARDIÁN DE *LO REAL*, COMO MEDIDA DE LO POSIBLE

La banca en Colombia no cede frente al malestar de la sociedad, no se interesa ni se interesará por él ni por las circunstancias que lo generan. En medio de esta postura rígida del sector se escuchan algunos discursos políticos permisivos con su rigidez que le dan un matiz temerario al debate, en cuanto ponen a la economía como una posible víctima a la cual hay que salvar a costa, inclusive, de la vida.

En una sesión virtual del legislativo en el mes de abril, la senadora María Fernanda Cabal expresaba lo siguiente, refiriéndose a la necesidad de reactivar gradualmente las actividades productivas: “Lo que hay hoy es una destrucción de la economía y la economía significa bienestar” (Cabal, 2020). En este contexto de relaciones profundamente asimétricas, donde se observan pobrezas extremas y extremas riquezas, ¿cómo se debe interpretar que la economía es bienestar? ¿bienestar para quién? Estas son preguntas que considero necesario formular, especialmente, cuando días después de esta intervención, el gobierno expidió el Decreto 593 del 24 de abril por medio del cual amplió las excepciones del aislamiento preventivo con el fin de promover la activación de sectores como la construcción y manufactura, del cual participan segmentos pobres de la población del país. Ninguna otra medida ha sido decretada por el gobierno en función de movilizar la rigidez de la banca.

Una de las medidas implementadas por el gobierno que lo sacó un poco de su rigidez fue la inyección de subsidios para las nóminas de medianas y pequeñas empresas. Para algunos microempresarios, la medida fue tardía ya que se tomó cuando la crisis financiera era insuperable para ellos. Pero, más allá de lo tardío o no de la medida, lo que sorprendió a los contribuyentes fue que estos auxilios provenientes del erario no se entregarán de manera directa a las pymes, sino que se direccionarán a través del sistema bancario. Al final del día, los nuevos créditos representarán ganancias para el sistema y deudas para los beneficiarios.

Pero el pronunciamiento de la senadora no llegó hasta allí, ella continuó diciendo: “aquí el daño es a millones, sobre todo a los más pobres” (Cabal, 2020). Todos sabemos que la pandemia ha generado una afectación general y que las personas de más bajos recursos son quienes más se han visto afectadas. Pero, si eso es así, ¿por qué la única salida posible es su exposición al contagio? Lo que se interroga de ese pronunciamiento y de las medidas implementadas es que el centro de gravedad de la solución esté puesto en el trabajador y en el endeudamiento de los pequeños propietarios, acudiendo a premisas insensatas para activar la economía. El razonamiento de fondo es: si el trabajador no expone su salud, se sacrifica la economía y el resultado sería la afectación a los más pobres.

Si se condiciona la solución del problema a la decisión de vulnerar las medidas de autocuidado por ir a trabajar, no queda otra salida que exponerse, puesto que no hacerlo convierte a las personas en autoras de su infortunio.

Si la primera parte de la intervención tiene un acento temerario, la segunda ofrece una predisposición a la culpa al convertir al trabajador en el único responsable de su desabastecimiento. Si se condiciona la solución del problema a la decisión de vulnerar las medidas de autocuidado por ir a trabajar, no queda

otra salida que exponerse, puesto que no hacerlo convierte a las personas en autoras de su infortunio. Los sujetos, con razones que encuentran justificadas, asumen que lo responsable es salir a trabajar porque las necesidades apremian, y suspenden o aplazan voluntariamente la pregunta por su propio bienestar porque “la economía es su bienestar”. Así es como se internalizan las reglas del sistema y como los sujetos se convierten en repetidores de las condiciones de una idea de normalidad que les afecta.

Señora vicepresidenta, no se trata de ciudadanos “atenidos” como dijo usted en una infortunada declaración a los medios de comunicación, los colombianos no estamos a la espera de que la banca o el gobierno satisfagan todas nuestras necesidades. El pedido es que su gobierno ejerza su labor en función de propiciar las condiciones políticas para situar las bases de acciones colectivas en las que todos los agentes sociales y sectores participen de manera proporcional, equitativa con sus capacidades, en la realización de soluciones a un problema que es común y no de individuos aislados. En un país donde la tasa de desempleo es superior al 12%, usted debería saber que tener una fuente de ingreso estable se asume como un privilegio, por eso los ocupados procuran conservar los trabajos que tienen, incluso, en ocasiones, en contra de su bienestar.

Y no es que aquello sea una realidad desconocida por los gobernantes, lo que ellos efectivamente desconocen son sus consecuencias en la vida anímica de las personas; no saben nada de ello (aunque su objetivo sea el alma). Es por eso que la ignorancia es característica en sus formas de gestión del malestar social y del sufrimiento, y los hace lucir torpes y prepotentes ante la población que padece los efectos de la *hidra neoliberal*, como diría Anibal Leserre (2019).

Con este pasaje recordé una reflexión de Jorge Alemán: “El neoliberalismo es [...] la primera formación política que intenta ir a la constitución estructural y ontológica del sujeto mismo” (Alemán, s.f.). Si usted alguna vez se ha preguntado

qué es el neoliberalismo y las posibles consecuencias que tiene en su vida, pero ha evitado profundizar en ello por el escepticismo que le produce el tono de las discusiones que sobre estos temas se dan en el país o por alguna otra razón, he aquí su retrato y principal producto: sujetos endeudados, culpabilizados, que vivencian profundas soledades aunque estén rodeados de muchas personas, susceptibles a la depresión, portadores de un malestar subjetivo a veces agudo, a veces latente, con trabajos mayoritariamente precarizados y habituados a formas de gobierno que se inmiscuyen cada vez más en lo más íntimo, sin que las personas lo adviertan.

Los discursos con acentos temerarios se suelen inscribir en esa matriz compleja de pensamiento desde la cual se invita a comprender la realidad. Hemos visto cómo muchos gobernantes en el mundo han incurrido en la intimidante disyuntiva entre salvar la economía o salvar vidas. Las declaraciones del vicegobernador de Texas, Dan Patrick, en Estados Unidos, en las que manifiesta su preferencia por exponer las vidas de los adultos mayores, incluida la propia, antes que sacrificar la economía del país (BBC News, 2020), son otra muestra de ello. Aunque la respuesta de algunos usuarios de twitter a este pronunciamiento fue el hashtag #NotDying4WallStreet (no voy a morir por Wall Street), hay otros que hacen eco del sacrificio. No es una ficción o un delirio ideológico que se afirme, junto con la periodista canadiense Naomi Klein, que el sistema capitalista “siempre ha estado dispuesto a sacrificar la vida a gran escala en aras de la ganancia” (Moreno, 2020). En el sur del continente, el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, es el estandarte de esa consigna.

Es que a la economía se le ha conferido desde hace mucho un lugar decisivo en la construcción de la realidad de la vida social, a pesar de haber mostrado en distintos episodios de la historia nacional no saber gran cosa, ni para anticiparse a las crisis (como lo que ocurre actualmente con el petróleo) ni para comprender

lo que sucede en el presente. Mucho menos se interesa por interrogar su lugar en la producción del malestar subjetivo.

La economía se ha convertido, como diría Alain Badiou, en una especie de guardián y garante de *lo real* (2016), su hegemonía en la esfera política dictamina las fronteras de lo que es *posible* hacer y no, en materia de política pública. Así es como la sociedad convive con la rigidez de la banca y la acepta a punto de situar en el campo de lo *imposible* acciones más generosas y solidarias de su parte para superar la crisis, al punto de olvidar rápidamente que ella es catalizadora de formas agudas y atemperadas de malestar y sufrimiento.

En el marco de las sociedades *capitalísticas* (Guattari y Rolnik , 2005), el discurso de la economía hace parte de las formas de gestión social del sufrimiento (Safatle, 2018) y el confinamiento provocado por el COVID-19 ha permitido evidenciar el modo en que aquello opera en nuestra sociedad. En suma, la *flexibilidad* no es para la economía un imperativo, puesto que es la base actual del edificio social; si ella cede, todo lo demás tambalea y “lo normal” es temerle a esa inminente catástrofe y hacer lo necesario para evitarla. “Mientras las leyes del mundo del Capital sean lo que son, no se pondrá fin a la prevalencia intimidante del discurso económico” (Badiou, 2016, p. 13). Pero, ¿la economía o la vida es realmente una disyuntiva inevitable? Esta reflexión procura contribuir a desmontar ese equivoco con el fin de poner en el horizonte una acción colectiva posible que permita pensar alternativas distintas a ese apremio. Dicho de otro modo, parafraseando a Badiu, es preciso animar a ir tras *lo real* perdido.

ROL ASUMIDO Y ROL POSIBLE DE LAS PSICOLOGÍAS EN ESTE ESCENARIO DE CRISIS

A mi parecer, el papel que ha asumido la disciplina ha sido paliativo, bien intencionado cumpliendo con tareas *ad hoc* a las lógicas normales y funcionales de la sociedad y sus organizaciones, pero aún su rol está lejos de ejercer la influencia necesaria para inspirar una acción colectiva creativa que tome, como punto de partida subjetivo, la no aceptación de las reglas tácitas de la economía como apremio de la vida y como una medida de lo posible. Entre otras cosas, porque históricamente la disciplina, desde teóricos como Wundt y Taine, tiende a relacionar lo subjetivo con la misma idea de identidad individual con la que concibe el modelo económico a sus usuarios. Con ello, ciertas prácticas disciplinares han servido, quizás sin proponérselo y sin calcularlo, a la producción de los discursos de normalización y de instrumentalización que empañan el camino hacia la pregunta por lo singular del sufrimiento y su conexión con lo social.

¿Cuál podría ser su rol en un futuro? Desde mi punto de vista, la psicología podría y debería tener un rol más determinante y menos auxiliar en el funcionamiento social. Para ello, sería importante transitar varios caminos simultáneamente; dos de ellos, hacia afuera, es decir, hacia la manera como se desempeña en el campo social; y, otro, hacia el interior de sus prácticas formativas de los profesionales que están por venir. Los comento brevemente:

[1] Los psicólogos han de propender por desmarcarse, en los momentos que sean necesarios, de los discursos que han instrumentalizado a la psicología, especialmente cuando se trate de desvelar el malestar y sufrimiento en los sujetos. La lógica de la clasificación nosológica con la que imaginariamente se asocia a la disciplina, tiene un efecto excluyente sobre las expresiones no patológicas del malestar. La sociedad ha de comprender que la clínica psicológica

no es un instrumento para el confinamiento y la separación de sujetos enfermos y sanos, sino que ha de leerse como una práctica del cuidado de sí (y de los otros con quienes me relaciono) que favorece la reflexión, la convivencia y la toma de decisiones razonadas.

(2) Quienes ejercemos la psicología deberíamos “capitalizar” mejor su pluralidad e incursionar sin temeridad de maneras más decididas y organizadas en ámbitos de la vida social, menos domésticos y más políticos, subvertir el discurso de la flexibilidad adaptativa y las prácticas escuetamente instrumentales con las que ha sido permisiva, para apostarle a la transformación de su rol social de un modo consecuente con las fuentes y dinámicas del malestar subjetivo de nuestra época y contexto. Interrogar y reflexionar, en espacios de ciudad, sobre aquellos modos de vida que van en detrimento del cuidado de sí para generar contrapesos a los discursos dominantes sobre esas concepciones absolutistas y fatalistas de la existencia, como los que circulan en torno a lo económico. Nuestra sociedad precisa de una dinámica económica que esté al servicio de sus necesidades y no al revés, esa transformación requiere de sujetos que propicien esas nuevas circunstancias.

(3) La psicología ha de promover hondas modificaciones en sus modelos de formación de manera que se implique a los futuros profesionales en la transformación de prácticas y discursos más acordes con las realidades que presenta el contexto. Esto involucra la elaboración de propuestas curriculares y pedagógicas que profundicen en la comprensión de lo social-político-económico-cultural y reivindiquen la apuesta por lo inter y transdisciplinar.

Más allá del confinamiento, hemos de permitirnos poner entre paréntesis nuestros modos habituales de obrar. El COVID-19 irrumpió en nuestra historia y nos hizo cuestionar nuestros hábitos en todos los ámbitos de la vida, puso en crisis una normalidad, pero nos enseñó que *la normalidad era la crisis* (Moreno,

2020). Pensar en habituarnos a las nuevas circunstancias es una invitación atractiva, pero se corre el riesgo de quedar atrapados en la repetición de la cómoda pasividad que sugiere hacer siempre lo que es políticamente correcto. A quién le servimos, ¿la bolsa o la vida?

Pensar en habituarnos a las nuevas circunstancias es una invitación atractiva, pero se corre el riesgo de quedar atrapados en la repetición de la cómoda pasividad que sugiere hacer siempre lo que es políticamente correcto.

Si las psicologías no se comprometen, desde sus distintos campos de acción, con la producción de discursos y prácticas que pongan en tensión los modos *capitalísticos* de gestión del sufrimiento humano, no habremos aprendido la lección. No serán las grandes maquinarias culturales quienes dicten las transformaciones que este momento nos demanda. Debemos poner en nuestro horizonte el desafío de cumplir un rol más protagónico en las transformaciones sociales y en la producción de las nuevas circunstancias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alemán, J. (s.f). Sujeto y neoliberalismo., (págs. 105-119). Obtenido de <https://core.ac.uk/download/pdf/75989051.pdf>

Brooks, S., Webster, R., E. Smith, L., Woodland, L., Wessely, S., Greenberg, N., y James Rubin, G. (marzo de 2020). The psychological impact of quarantine and how to reduce. *The Lancet*, 395, 912-920. doi:[https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)30460-8](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)30460-8)

Badiou, A. (2016). *En busca de lo real perdido*. Avellaneda: Amorrortu.

BBC News (26 de Marzo de 2020). *BBC News Mundo*. De Coronavirus: la polémica en Estados Unidos después de que el vicegobernador de Texas hablara de arriesgar las vidas de los mayores para salvar la economía: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52043274>

Cabal, M. F. (22 de abril de 2020). *Soy Cabal TV*. Obtenido de <https://youtu.be/AMwfCHeehtY>

Caracol (6 de Mayo de 2020). *Se suicida gestor cultural de Cali, antes de reunión virtual con Mincultura*. De https://caracol.com.co/emisora/2020/05/07/cali/1588808875_688192.html

Dávila-Cervantes, C. A., y Pardo-Montaño, A. M. (2017). Impacto de factores socioeconómicos en la mortalidad por suicidios en Colombia, 2000-2013. *Revista Gerencia y Políticas de Salud*, pp. 36-51.

Fundación Saldarriaga Concha (27 de marzo de 2020). *Fundación Saldarriaga Concha*. Mayo de 2020, de La salud mental en tiempo de cuarentena: <https://www.saldarriagaconcha.org/la-salud-mental-en-tiempo-de-cuarentena/>

Gilia, M., García Campayo, J., y Roca, M. (Junio de 2014). Crisis económica y salud mental. Informe SESPAS 2014. *Gaceta Sanitaria. Sociedad Española de Salud Pública y Administración Sanitaria*, 28, 104-108. doi:10.1016/j.gaceta.2014.02.005

Guattari, F., y Rolnik, S. (2005). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.

Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento, por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica.

Leserre, A. (2019). *La libertad de la pluma*. Aníbal Leserre – “La Hidra Neoliberal” (Parte I): <http://lalibertaddepluma.org/anibal-leserre-2/>

Moreno, D. (1 de Abril de 2020). Naomi Klein: “La gente habla sobre cuándo se volverá a la normalidad, pero la normalidad era la crisis”. de <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/entrevista-naomi-klein-gente-habla-volver-normalidad-crisis-doctrina-shock>

Noticias Caracol (13 de Abril de 2020). *Noticias Caracol*. Obtenido de “Retomar la vida productiva, pero dejar la social”: Duque y lo que vendría después del 27 de abril: <https://noticias.caracoltv.com/coronavirus-covid-19/retomar-la-vida-productiva-pero-dejar-la-social-duque-y-lo-que-vendria-despues-del-27-de-abril-nid226209-ie215>

Real Academia Española (2019). Tomado de: <https://dle.rae.es/flexible>

Revista Dinero (22 de 07 de 2019). Obtenido de: Bancos reportan utilidades de \$5,4 billones este año: <https://www.dinero.com/economia/articulo/resultados-del-sistema-financiero-colombiano-a-mayo-de-2019/274569>

Safatle, V. (20 de Junio de 2017). Reunião aberta do latesfip - Laboratório de Teoria Social, Filosofia e Psicanálise. *Gênese da concepção neoliberal de sujeito | Encontros latesfip 2017*. São Paulo, Brasil. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=Y58ZPd4AueE>

Safatle, V. (2018). Em direção a um novo modelo de crítica: as possibilidades de recuperação contemporânea do conceito de patologia social . Em: V.

Safatle, N. Da Silva Junior, y C. Dunker, *Patologias do social. Arqueologias do sofrimiento psíquico*. São Paulo: Grupo Autêntica.

Semana [17 de Mayo de 2019]. *Así combatirá Minsalud los problemas de salud mental en Colombia*. De <https://www.semana.com/vida-moderna/articulo/salud-mental-en-colombia-el-plan-del-ministerio-de-salud-para-combatir-el-suicidio-y-la-depresion/615808>

Solano, F. [21 de Noviembre de 2017]. *Cronicon. Observatorio Latinoamericano*. Obtenido de “La subjetividad es el botín de guerra del neoliberalismo porque la economía es el método pero el objetivo es el alma”: <https://cronicon.net/wp/la-subjetividad-es-el-botin-de-guerra-de-guerra-del-neoliberalismo-porque-la-economia-es-el-metodo-pero-el-objetivo-es-el-alma/>